

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EX MOMO

De todos los dioses para quienes ha llegado la hora del crepúsculo, el más decaído, el más envuelto en sombras y cendales de melancolía es precisamente el que, según la opinión vulgar, representa el regocijo frenético y desatado: ese pobrete de Momo, patrono de los Carnavales.

Y digo «según la opinión vulgar» porque si apuramos la materia, Momo no fué un numen carnavalesco hasta que falseando su carácter y colgándole milagros que nunca realizó, poniéndole en las manos atributos que la antigüedad desconocía (como la cabcita de muñeco rodeada de cascabeles é hincada en un palo) la Edad Media, que fué la época más carnavalesca que ha existido, hizo de Momo un diablillo burlón, reidor y travieso. ¡De Momo, que no tenía nada de alegre, expansivo y bullicioso, sino mucho de irónico y amargo! ¡De Momo, autor de aquella frase terrible acerca de la ventanilla que debieran llevar en el pecho los hombres, para que se viese lo que guardan en su corazón!

Ni aun por su abolengo pudo ser Momo patrón del Carnaval. A pesar de la copla del villancico, que hace sinónimo de vigilia la Nochebuena, el Carnaval es el tiempo en que menos y peor se suele dormir, y Momo, que nació de la amorosa unión del Sueño y de la Noche, vendría á ser, si patrocinase las Carnestolendas, el dios del desvelo y de los trasnochadores incorregibles.

Bien interpretado, Momo es el dios de la crítica, del análisis y del desengaño triste, por consecuencia. Los pueblos donde cada año, el jueves antes de Carnestolendas se sale con gran aparato de mojiganga á recibir á Momo, confunden las especies; pero están en lo cierto al festejar la venida de unas cuantas horas de goce y alboroto; de olvido de este vivir que, según Shakespeare, no es más que «un cuento sin sentido, narrado por un idiota.»

Ya sé que me aparto de la opinión común al deplorar que el barullo carnavalesco disminuya constantemente, hasta el punto de haber llegado á no notarse; de que los tres días de *Antruejo* sean idénticos ó punto menos á los otros trescientos sesenta y dos del año. La opinión general es desfavorable á esta costumbre, «residuo de las bacanales y saturnales,» como dice severamente alguno de sus acérrimos impugnadores. A mí todas las costumbres tradicionales me gustan, en el hecho de serlo. Dan variedad al año; cortan la monótona sucesión de las semanas y los meses; señalan fecha; esmaltan y varían los recuerdos. Hasta las golosinas clásicas del Carnaval echo de menos, porque aun cuando no regalan el paladar más de lo que lo regalaría cualquier otro manjar *sin día fijo*, ¡hay tantas reminiscencias en cada uno de esos frutos de sartén!.. Los mismos hierros y moldes con que se confeccionaban y preparaban las *orejas de fraile*, las rosas, los pestiños, las estrellas y otras chucherías agradables, tienen en su aspecto algo que habla de alegrías desvanecidas, de expansiones juveniles, del tiempo en que, confundidos entre la multitud gozosa y desocupada, también nosotros salíamos á ver la comitiva de S. M. el rey Momo, las altas carrozas tiradas por fogosos caballos ó por bueyes pacienzudos, cuyos testuces coronaban guirnalda de hiedra y floripones de papel de plata...

Este climático año tienen un arma nueva los que combaten al Carnaval: la guerra, el malestar, la alarma, las tribulaciones de toda especie que cargan sobre nosotros. Hay muchos votos á favor de la supresión completa del Carnaval, de la prohibición de toda máscara, sea alegre ó pensativa (que también de esta clase existen, y no pocas). ¿Qué más? El gobierno ha reprimido, desde los primeros instantes, una de las inocentes expansiones de la malicia y de la sátira popular. En los barrios bajos, las mujeres, con esa viveza y esa espontaneidad que parecen vinculadas al pueblo madrileño, habían armado su pelele de cara negra, su mulato Maceo, para mantenerlo. ¿Habrán quien extrañe esta vindicta? ¿habrá quien censure á las mujeres de Madrid por querer mantener en efigie

á Maceo? Juego á la vez más infantil y más patriótico dudo que se le ocurriese á ninguna española castiza, desde los tiempos en que las gaditanas hacían tirabuzones con las bombas francesas. Alguna de esas mujeres que se disponían á hacer brincar en la manta al feroz mulato, tal vez tenga en Cuba al hijo de su alma, al hermano querido, al dulce novio, al compadre, al amigote... ¿Cuándo pudo ella imaginarse que la ley, que el orden público — respetables entidades que no se oponen á que diariamente se nos satirice á tantos que no hemos declarado la guerra á España — tuviesen algo que objetar á que en un día de Carnestolendas salte por los aires un pelele con un trapo negro por la cara, dando á los madrileños el gustazo de ser, ellos también, por media hora, salvadores de la patria y azote de sus enemigos?

Esta diversión y farándula del *pelele* es lo más neto de nuestras costumbres carnavalescas. Ha inspirado á Goya uno de sus primorosos cartones de tapiz. Trae á la memoria, sin que para ello se necesite echar mano de gran dosis de erudición, aquellas donosas escenas de la venta, en el *Quijote*, y vemos á Sancho por los aires, mientras su señor le mira compadecido desde las bardas del corral. Madrid ha mantenido siempre á los enemigos de la patria, y José Napoleón, con su fantástico ojo tuerto, saltó lo mismo que una pelota en la pradera matritense, empujado por las manos callosas de las alegres comadres de los barrios. No atino por qué no las dejan ahora desahogar su enojo contra el mulato en esa humorística forma. Hay prohibiciones que no se explican. Si en otro muñeco de los que confeccionaron para su solaz las de los barrios bajos se creyó ver una figura respetable, en caricatura también y también destinada á sufrir la manteadura, ¿por qué no *distinguieron* los agentes del orden?

No faltan doctores á quienes preocupa la mortal enfermedad de Momo. Se desea restaurar el Carnaval; pero un Carnaval decentito, gracioso, cortesano — un Carnaval á *Pusage des demoiselles*. — Se quiere que, en días señalados de antemano por el ayuntamiento, y previo el pago de impuestos que el mismo ayuntamiento señale y recoja y que se destinen á obras caritativas, la gente, disfrazada con elegancia y en bien adornadas carrozas ó en caballos de linda estampa, baje al Retiro, provista de *bouquets*, de violetas y curuchitos de finos confites, para arrojarlos, sin quitarse los guantes, á los conocidos y á los contertulios. Afuera los mascarones del polvo, los zaparrastrosos que se envuelven en una colcha de percal rameado desteñida por el uso ó en una zalea de piel de oveja tiñosa; afuera las alusiones políticas demasiado agudas, las caretas ministeriales, las comparsas donde se representa el triste estado del ejército español al través de la salvaje manigua... Un Carnaval correcto es el ideal que persigue el ayuntamiento de Madrid.

¡Ideal inasequible! Porque un Carnaval de ese género no sería Carnaval, sino Cuaresma. El Carnaval es, por su esencia misma, insensatez, desorden y voluntaria infracción de todas las reglas sociales... Es el momento en que el capricho, la espontaneidad, la mofa, la ironía despreciadora de etiquetas y formalismos, se abren paso, rompiendo la valla que les oponen, durante el resto del año, las conveniencias y los miramientos. Carnaval sin locura, no se concibe. Tampoco cae bien un Carnaval aristocrático solo: el Carnaval es una institución democrática. Hay países en que mientras dura el Carnaval, los amos son criados, los criados amos. La misma dura esclavitud romana se ablandaba y se quebrantaban sus hierros en las fiestas saturnales. El mascarón asqueroso y trapajiento tiene el mismo derecho á la vida que el pulcrísimo *incroyable* de calzón de seda verde y dijes de diamantes colgando del chaleco amarillo bordado con plata... Digo más. La alegría carnavalesca, la desatada alegría de los secuaces de Momo, no es compatible con la rigurosa separación de clases que hoy se pretende. Recuérdame estos conatos de clasificación jerárquica en la calle, el famoso cuento del rey á quien sus nobles pidieron que les acotase un paseo público á fin de que no pudiese mezclarse con ellos el pueblo. «Así lo haré — respondió el soberano — sólo siento que, establecido el sistema de que cada cual pasee con sus iguales, voy á aburrirme de muerte, pues tendré que andar siempre solo.»

Venecia, el Estado más aristocrático entre cuantos la historia registra, era la ciudad de más bullicioso Carnaval, porque justamente en esos días de delirio fraternizaban las clases. En Madrid, si hoy se quieren implantar las modas de las batallas de flores y de la lluvia de *confetti*, sería preciso traerse también el incomparable clima de ciertas regiones italianas. Venecia, en febrero, goza una primavera esplendorosa. Niza, en enero, se aduerme á la luz de la luna, al tibio soplo del aire, entre las olas azules del Mediterráneo. Hay espectáculos, hay festejos que son con-

dicionados por el clima, y en que el gasto principal lo hacen el sol y la naturaleza pródigas. Madrid, que es frío hasta primeros de mayo, y que ahora ha dado en la gracia de ser lluvioso cuando menos se piensa, no sirve para cierta clase de festejos, que además no están asimilados á nuestras costumbres. El año pasado, el conde de Romanones lidió como un héroe para que el Carnaval en el Retiro fuese escogido y animado, sin espantajos ni carátulas horribles, ni mugre, ni hedor de vinazo tabernario. Una selección carnavalesca á toda ley. Pero el conde se olvidó de la meteorología. El cielo, radiante y puro la semana anterior, empezó á obscurecerse, y precisamente el día señalado para la función, cuando ya estaban engalanadas las carrozas, festejados de flores los paramentos de los caballos y las máscaras de la *high life* femenina abrochándose el último botón del guante claro y apretando los cordones del inmenso *ridículo* atestado de golosinas y de grajeas, empezaron á gotear las nubes y el suelo á convertirse en barro... La gente salió: ¿no había de salir? Comprado ya el permiso para andar por el centro del paseo; hecho todo el gasto y sufrido todo el trabajo; atadas las gomas de la careta... ¿quién se queda en casa? Pero os aseguro que valor más alto no lo han conocido los siglos. Es increíble que no atrapasen la reina de las pulmonías. Desde un balcón, al abrigo, cerca de la chimenea y no lejos de la bienhechora taza de té, cuyo calorillo nos ha de volver al cuerpo el alma, vi pasar á los naufragos — no otra cosa parecían. — En una carroza vestida de percalina rosa, iban unas cuantas señoras, de lo más *cremoso*, según fama. Sus trajes, gentil capricho, de percalina rosa también, con enormes capotas directorio, hubieran sido una delicia al sol, al picante sol madrileño, el de los días apacibles, el *bermejaso platero de las cumbres*. Pero empapados en agua, salpicados de cieno, hechos un pingo húmedo, daban lástima y despertaban la idea de muchos catarros, infinitas fluxiones y variedad de reumatismos articulares.

Otra decadencia de Momo son los bailes de máscaras. También en esto han entrado juntas la selección y la desanimación. Hace diez ó doce años, á los bailes del Real concurrían, de tapadillo, damas distinguidas. Se envolvían en el negro capuchón ó se arrebozaban en el rico pañuelo de Manila; pedían el brazo á un caballero de su familia ó de su intimidad, daban una vuelta por el salón ó se refugiaban en el palco; á las dos cenaban, deleitándose en la novedad del caso y en el picantillo del tapujo, y á las tres y media, su coche las llevaba á casa otra vez. Hoy las mujeres que asisten á los bailes de máscara son de lo más ínfimo, socialmente hablando. Entre la misma clase media se ha perdido la costumbre de *dar una vuelta y embromar*. El baile de Escritores y Artistas ha sido desbancado por el del Círculo de Bellas Artes, que atrae con el señuelo de las panderas y los abanicos, donde ponen su firma grandes pintores; así y todo, creo que del baile del Círculo se puede asegurar lo que de los restantes; el *mujerío* es fatal.

Y los hombres, al convencerse de esta fatalidad, desertan. La única esperanza que no deben perder los empresarios, es que los hombres no se convencen nunca. Su ilusión es tenaz; es una planta que se arranca y renace. Aunque en conversación reconocen que ya no concurren á los bailes del Real mujeres que merezcan la pena de vestirse un frac para ir á verlas, en el fondo del alma acarician el sueño de que irá *alguna*, una señora honrada, guapa y curiosa, que perdida en aquel maremagnum y buscando quien la ampare, se tropezará precisamente con *él* y de aquí resultará una aventura tan deliciosa como poética, un idilio novelesco, sazonado con Champagne y Manzanilla. Si los hombres creyesen sinceramente que al baile sólo van mujeres de esas que se las pueden encontrar con la cara descubierta todos los días, y de las cuales escapan haciendo la cruz; si viviesen persuadidos de que la suerte que les puede caer es llevar del brazo á su planchadora, ó á la mujer de su ayuda de cámara, ¡del diablo si iban al Real en tales noches! Preguntadles al día siguiente por las mascaritas que les dieron cordelejo y cenaron á su cuenta, y veréis cómo tratan de dejar asentado que eran todas unas señoras y que no olían á ajo ni á chotuno, sino á lila blanca y *new mown hay*...

Decidles entonces que si de acercarse á mujeres finas se trata, esas mujeres finas se encuentran en otros salones á docenas, no habiendo para qué darles caza en el Real, entre dominós y bullanga. Y veréis cómo el sencillo remedio no les gusta, porque... el intrínquilis consiste en el misterio, en la caza, en los ardidés de guerra... El caso es buscar, como diría Cervantes, cotufas en el golfo.

EMILIA PARDO BAZÁN

Podrá quien se extrañe hay ó no tinados; y á la Iglesia. calendario muertas tumbres provinci veo, no Empe es en la idéntic lendar. jalea co miércol dera de no me d y pudier La noc para fie caba la: lo, por cha, est del plac máscar ches qu el centi municij cocherc la villa chas; c confetti, amarill del sol, e de las y terrib Emp ñada en to y de peniter recobra to de l partes resmal. los ma bailes ahorra pasase mismo de la I cio de rostros da Cu eterna ¡El: más d con at co y re casas mente dando sorpre hallaré cocide na Sai soirées y la ó Sajoni tostad aunqu